

MEDITACION CXLI.

LIBRA JESÚS UN JÓVEN, POSEIDO DESDE SU INFANCIA DE UN DEMONIO SORDO Y MUDO.

(Luc. ix. 37-43; Marc. ix, 13, 28; Matth. xvii, 14-20).

El sagrado texto nos suministra en este lugar las mas sólidas reflexiones: 1.º sobre la fe; 2.º sobre la pasion dominante; 3.º sobre la oracion.

PUNTO I.

De la fe.

Lo 1.º *De la tibieza de la fe*, y primeramente en qué consiste, y cuáles son sus causas.

La primera causa es la comunicacion con aquellos que no tienen fe... «Y el dia siguiente, bajando ellos del monte, les salió al encuentro una grande turba... y viniendo (*Jesús*) á sus discípulos, vió cerca de ellos una gran multitud del pueblo, y que los escribas disputaban con ellos...» Los nueve apóstoles que Jesucristo habia dejado al pié del monte estaban aun llenos de aquella fe con que en nombre de su Maestro habian echado demonios y obrado tantos milagros en el curso de su mision; pero, por su desgracia, durante la ausencia de Jesucristo, y desde la mañana antes que bajase del monte, fueron á encontrarlos los escribas sus enemigos, y entraron en disputa con ellos... Es necesario que la Religion esté en nosotros bien afianzada para que no tenga que padecer contradicciones de los impíos, de los libertinos y de los herejes. Por mas que se sostenga el partido de la fe contra sus adversarios, acaece frecuentemente que se salga de estas disputas, y se deje la leccion de los libros que las contienen, con una fe ya débil y vacilante. El partido mas seguro es poner silencio á estos enemigos de la Religion y de las costumbres, ó huir sus encuentros y abstenerse de la leccion de cualquier libro peligroso, á no ser que las obligaciones de nuestro estado nos empeñen á ello, y entonces tambien se debe temer, orar y velar.

La segunda causa de la tibieza de la fe es la grandeza de los obstáculos... «Y habiendo llegado donde estaba la turba, se le acercó un hombre, y se echó de rodillas en su presencia, diciendo: Señor, ten piedad de mi hijo, porque es lunático, y padece mucho, pues muchas veces cae en el fuego, y frecuentemente en el agua. Y lo he presentado á tus discípulos, y no han podido sanarlo...» Habian los Apóstoles emprendido esta cura; pero con una fe que no se po-

dia comprometer del buen éxito. Rodeados de una multitud del pueblo, observados, y acaso provocados por los escribas, con quienes venian de disputar cuando vieron á este endemoniado, y fueron informados de la duracion y de la violencia de aquel demonio, entraron en desconfianza, y esta ciertamente no obra milagros... ¡Ay de mí! ¿No es por ventura esta la causa por que se debilita tan frecuentemente nuestra fe? ¿No desconfiamos nosotros de las promesas hechas por Jesucristo á su Iglesia cuando vemos el estrago que en ella hace el demonio? ¿No pensamos que todo se ha perdido, y que el mal no tiene remedio? Y esta desconfianza ¿no hace nacer en nosotros dudas sobre la misma Religion? ¿No estamos á las veces tentados de creer que no se puede ya discernir la verdad, que todo ya es indiferente, y que todas las religiones son iguales?

Lo 2.º *Del escándalo de la frialdad de la fe*... La fe no se debilita sin causar un escándalo que se comunica insensiblemente, si no se pone pronto remedio. Nosotros vemos aquí el contagio que esparció la debilidad de la fe, y la funesta impresion que hizo luego sobre los Apóstoles. Á pesar de su desconfianza interna que se ocultaban y disimulaban á sí mismos, no cesaron de obrar exteriormente, y de mandar al demonio, en nombre de su Maestro, que saliese de aquel jóven; pero esta orden, dada con una fe vacilante, no tuvo efecto alguno. Se sorprendieron los Apóstoles, y su fe recibió sin duda un nuevo asalto... El contagio de la disminucion de la fe se comunicó al padre del paciente: él habia venido con la esperanza de encontrar un remedio seguro á su mal; pero cuando vió que el demonio se resistia á los Apóstoles, no supo ya qué esperar ó qué temer, ni si el Maestro tendria mas potestad que los discípulos... Este contagio se esparció tambien sobre el pueblo: estando este acostumbrado á ver que toda la naturaleza obedecia al nombre de Jesús, debió ser para él un gran motivo de sorpresa y de escándalo, cuando vió este nombre invocado en vano, y su fe no pudo por menos de hallarse conmovida... Finalmente fue un escándalo para los mismos escribas, que sacaron de esto un argumento de triunfo y un motivo para endurecerse mas en su incredulidad... Aquí se debe cada uno examinar y ver si en su estado contribuye al defecto de la fe, si habla, si obra siempre como persuadido y penetrado de las verdades de la fe... Si los fieles se animasen con mútuos ejemplos, se avivaria la fe; pero ¡oh, y cuán fácilmente perece por escandalizarse mútuamente!

Lo 3.º *Del efecto del defecto de la fe*... El efecto mas ordinario es la infidelidad consumada... Habiendo entendido Jesús de la boca del

padre del endemoniado que sus discípulos no habían podido sanarlo, y conociendo las disposiciones del corazón de todos los que estaban presentes, exclamó... «Ó generación incrédula y perversa, ¿hasta cuándo estaré con vosotros? ¿hasta cuándo os sufriré?...» En estas palabras vemos cuánto ultraje á Dios, y cuánto ofenda á Jesucristo la poca fe. ¡Oh cuán terrible es la amenaza que hace de abandonar á aquellos que dejan enflaquecer su fe de este modo! Amenaza que no tardó de ejecutarse sobre la nación judáica. Amenaza que desde entonces se verificó en muchas naciones cristianas, y amenaza, finalmente, que cada día se verifica sobre una infinidad de personas... ¡Ah! temamos para nosotros, y hagamos todos los esfuerzos posibles para encender la fe en nuestros corazones y en los de los otros.

Lo 4.º *De la firmeza de la fe...* Lo que es capaz de encender y aumentar nuestra fe es:

1.º La presencia de Jesucristo, ó de aquellos que tienen sus veces... «Y todo el pueblo viendo á Jesús, quedó aturdido y atemorizado, y corriendo al encuentro, lo saludaron...» ¿Por qué motivo este pueblo quedó aturdido? Sin duda porque no esperaba á Jesucristo en aquel preciso momento y tan temprano por la mañana: acaso porque los escribas se aprovechaban de su ausencia para calumniarlo, y para asegurar que no se volvería á dejar ver jamás. ¿Por qué, pues, este pueblo quedó atemorizado? Sin duda los enemigos de Jesucristo tuvieron miedo de que su calumnia recayese sobre ellos mismos, y quedasen cubiertos de confusión por la gloria de un nuevo milagro: acaso los amigos de Jesucristo tuvieron también miedo por haber merecido su reprensión por su desconfianza; y acaso también algunos aun más débiles tuvieron miedo de que su poder, como el de sus discípulos, viniese á hacer naufragio contra un mal tan violento y tan envejecido. Sea como se fuese, todos fueron solícitos en irle al encuentro para saludarlo. «Y les preguntó: ¿Qué disputas teneis entre vosotros?...» Á esta pregunta ninguno se atrevió á responderle. Apóstoles, escribas, pueblo, todos observaron un profundo silencio, que solo fue interrumpido por la súplica del padre del afligido... Hé aquí como muchas veces pone fin á todas las disputas la presencia de un hombre de bien, de un pastor, de un hombre firme en la fe. Ausente, era despreciado; presente, es respetado y temido... El silencio de los enemigos de la fe prueba su debilidad, y fortifica la fe en aquellos en que ya vacilaba.

2.º *Las acciones de Jesucristo...* Despues de haber expuesto á Je-

sucristo el afligido padre la enfermedad de su hijo y la impotencia de los discípulos para sanarlo, y despues de haber manifestado Jesucristo su dolor, y su disgusto de la poca fe que se tenía en él, dijo... «Conducidlo á mí...» y hablando al padre, «trae aquí tu hijo...» En vano el demonio hizo sus últimos esfuerzos, y conmovió al jóven en una manera la más cruel. Jesucristo habló, amenazó, mandó, y fue obedecido; el espíritu inmundo se vió obligado á salir, y Jesús restituyó el hijo á su padre perfectamente sano. Todos quedaron sorprendidos, todos alabaron la grandeza de Dios, y admiraron todas las maravillas que obraba Jesús... ¡Oh, y cuán firme é inalterable sería nuestra fe, si en vez de escuchar ó de leer tantos y tan vanos discursos, y tantos sistemas de religion, que de nada sirven y antes son perjudiciales, meditásemos las obras de Jesucristo, si lo admirásemos, si lo amásemos, y si fuésemos penetrados de él! alimentada de este modo nuestra fe, recibiría cada día nuevos aumentos, en vez de resfriarse siempre más.

3.º *Las palabras de Jesucristo...* Primero al padre del jóven... Habiendo este padre mostrado su poca fe, diciendo á Jesús: «Mas si puedes alguna cosa, socórrenos apiadado de nosotros... Jesús le dijo: si puedes creer, todo es posible al que eree...» ¡Oh, y cuán fuertes y consolantes son estas palabras! Pidamos con fe y obtendremos... Despues, habiendo dicho Jesucristo á sus Apóstoles que ellos no habían podido hacer este milagro por su poca fe, añadió... «En verdad os digo, si tuviéreis fe, quanto un grano de mostaza, diréis á este monte pasa de aquí allá, y pasará, y ninguna cosa será á vosotros imposible...» Palabras figuradas que no se deben tomar literalmente; pero bien enérgicas para expresar la omnipotencia de la fe, y para hacernos conocer cuán poca tenemos nosotros. De hecho, ¿qué prodigios no ha obrado la fe, ó sea en el orden físico, ó sea en el orden moral? Sin hablar aquí del primero, ¡cuántos pecadores se han visto por la eficacia de la fe pasar del orgullo á la humildad, de los placeres á la mortificación, de la cólera á la dulzura, de la avaricia al despego de las cosas de la tierra! Roguemos, pues, por nosotros y por los otros con aquella fe con que todo es posible.

PUNTO II.

De la pasión dominante.

La enfermedad y la opresión del demonio que padecía este jóven se puede mirar como la figura de un corazón poseído de una pasión dominante. Consideremos aquí todos sus caracteres.

1.º *El autor de este mal...* Parecía que este jóven tuviese solamente una enfermedad natural, la epilepsia; pero observándolo mas atentamente, se reconocía que realmente estaba poseído del demonio... Es el demonio, nuestro declarado enemigo, quien enciende en nosotros todas las pasiones; él es el que nos tienta, nos solicita al pecado, nos insinúa aquellos malos deseos, y si una vez lo admitimos en nuestro corazón, busca todos los caminos para mantenerse en él, fortificarse y hacerse dueño de todos nuestros sentidos y de todos nuestros pensamientos. Se sirve de nuestras naturales disposiciones, de nuestro humor, de nuestro carácter; allí se esconde, allí se enreda y envuelve de manera, que confundimos sus operaciones con las nuestras, y con obedecer á sus sugerencias, pensamos seguir solamente nuestro temperamento. Nosotros echamos la culpa á nuestra naturaleza, y algunas veces á su Autor: nos formamos de aquí un pretexto para excusar nuestras culpas, un motivo para perseverar en ellas, y una razón para persuadirnos que no nos podemos corregir; pero el mal es nuestra voluntad, que se deja engañar de los artificios del demonio.

2.º *El tormento que causaba el demonio á este jóven...* El estado de infeliz causaba horror y al mismo tiempo compasión. Cuando el mal ligno espíritu lo asaltaba, lo arrojaba y le hacía rodar por tierra, lo agitaba con violentas convulsiones, y parecía que quisiese hacerlo pedazos: ahora lo arrojaba al fuego, y luego lo precipitaba en el agua, donde sin un pronto socorro debía infaliblemente perecer. Entre estos tormentos, el miserable hijo daba alaridos espantosos: echaba espumas por la boca, rechinaba los dientes, y finalmente se secaba, y desaparecía á un abrir y cerrar de ojos... ¿Quién no ve en esta pintura los tormentos horribles que hace sufrir una pasión violenta á que uno ha tenido la desgracia de abandonarse? ¡Ah! ¡cuántos combates, cuántas contradicciones en quien es su desgraciada víctima! El furor, el despecho, el amor, el odio, el temor, el arrepentimiento, la rabia, la desesperación lo agitan mutuamente, y le hacen sufrir mil suplicios crueles. ¡Oh si pudiese á lo menos esconder su rubor y su agitación! pero el desorden que reina en todo su exterior descubre aun á los menos perspicaces el desorden de su corazón.

3.º *Los intervalos que le permitía el demonio...* El demonio dejaba á este jóven algunos intervalos que le ocasionaban otra especie de tormento, por el conocimiento que adquiría de su mal, y por el temor que tenía de un nuevo asalto... La pasión tiene también sus intervalos: hacerse de esto un mérito, sería orgullo; alegrarse como de

una sanidad recuperada, sería error: se debe, pues, servir de ellos para considerar la grandeza de su mal, para humillarse y para orar, y prepararse con toda suerte de medios, para sostener los asaltos de la pasión y resistir á todas sus impresiones.

4.º *El peligro de esta enfermedad...* El designio del demonio sobre este desgraciado jóven era de hacerlo perecer... El demonio enciende en nosotros y fomenta las pasiones para perdernos eternamente. No nos lleva él á los placeres para hacernos felices, no nos persuade la injusticia para enriquecernos, no nos inspira la venganza para sostener nuestro honor: todo lo que él pretende es hacernos perecer para siempre; este es su único intento y esto es lo que quiere: lo demás le importa poco. Pero ya que conocemos sus designios, no seamos tan insensatos, ni tan enemigos de nosotros mismos que nos dejemos engañar.

5.º *La duración de este mal...* Jesús preguntó á este padre, ¿de cuánto tiempo su hijo estaba sujeto á este accidente? el padre respondió... «desde la infancia...» Examinemos la pasión que al presente nos domina, preguntémosnos á nosotros mismos cuánto tiempo há que estamos sujetos á ella, y acaso encontraremos que desde la infancia. ¡Ay de aquellos que encargados de la educación de los hijos no ponen todas sus atenciones en reprimir en ellos las pasiones, en apartar de ellos todas las ocasiones, en instruirlos de la necesidad en que ellos mismos están de vencer sus inclinaciones, y de resistir á las tentaciones! ¡Ay de aquel jóven que habiendo contraído un mal hábito no trabaja por deshacerse de él luego que está en estado de conocerlo! Si se difiere el corregirlo, ya no se corregirá jamás: desde la niñez se difiere á la juventud, de la juventud á una edad mas avanzada, de una edad mas avanzada á la vejez, y finalmente se desespera de la enmienda, y en él se muere. No podemos, pues, tomar otro partido que empezar ahora, y trabajar con todas nuestras fuerzas á destruir la pasión que conocemos en nosotros, y que actualmente domina en nuestro corazón.

6.º *Los efectos de este mal...* Dos efectos conocía el padre en su hijo: el primero, la inestabilidad, la inconstancia, el cambiamiento, las variaciones, cosas todas que quería manifestar el padre con decir en una sola palabra que era *lunático*. El segundo, la imposibilidad de hablar; y esto quería significar el padre con decir que su hijo tenía un *demonio mudo*. Estos dos efectos se echan de ver fácilmente en una persona esclava de cualquiera pasión. Por una parte se ve voluble é inconstante pasar rápidamente á extremos los mas opues-

tos; y por decirlo así, ahora al agua, ahora al fuego, ahora á una alegría, ahora á un enajenamiento excesivo, y despues á una melancolía negra y feroz que la hace insoportable á sí misma. Por otra parte se ve muda sobre las causas de su agitacion; muda para descubrir su mal y pedir el remedio, muda para orar, muda para confesarse, muda para todo lo que podria procurar su sanidad... Jesucristo ve en este jóven un tercer efecto de su mal que el padre no habia acaso reconocido; esto es, la sordera... Este es el mas terrible y el mas pernicioso efecto de la pasion. El celo de la salvacion de las almas al ver á aquel pecador caminar por el camino de la iniquidad, de la relajacion, de la tibieza, mueve á alguno á hablarle: al ver su extravío de la piedad, de la oracion, de los Sacramentos, le habla, lo exhorta, lo solicita; pero él está sordo y no entiende; asiste el miserable á los sermones y á la leccion espiritual; pero nada aprovecha. Los nombres de Dios, de Salvador, de virtud, de obligacion propia, de salvacion, de juicio, de gloria, de infierno, resuenan en vano en sus orejas; no pueden penetrarle dentro, no representan á su espíritu idea alguna, no hacen impresion alguna en su corazon... ¡Oh estado terrible que no se puede concebir! Vos que lo veis, ó divino Jesús, Vos solo podeis librar de él. Mandad, pues, á este demonio sordo y mudo salir de mi alma; entonces ella oirá vuestra palabra, hablará y bendecirá vuestro santo nombre, y alabará para siempre el exceso de vuestras misericordias.

7.º *La dificultad de sanarlo...* El padre habia presentado en vano su hijo á los Apóstoles; no les pudo salir bien el sanarlo. Luego que Jesús se retiró á casa, le preguntaron por qué motivo no habian podido ellos librar á aquel jóven del demonio... Jesús les respondió: que eso procedia de su poca fe, y que los demonios de esta especie no podian echarse fuera sino con la oracion y el ayuno... Primera dificultad: la falta de fe... La fe es igualmente opuesta á la desesperacion y á la presuncion: Jesucristo lo puede todo, no desesperemos, pues, jamás... Nosotros nada podemos; no nos apoyemos, pues, en nuestras fuerzas y sobre nuestras resoluciones, ni sobre nosotros mismos; hagamos de nuestra parte cuanto depende de nosotros, y esperemos despues el éxito únicamente de Jesucristo... La segunda dificultad... La falta de la oracion y de la penitencia... Para sanar perfectamente es necesario emplear la oracion, la meditacion y las súplicas, y unir á estas la penitencia, el ayuno y la mortificacion.

8.º *La sanidad de este mal...* Esta se obró, á pesar de la resistencia del demonio, por la omnipotencia de Jesucristo contra la opinion de

los hombres y para siempre... Cuando fue presentado este jóven á Jesucristo, el demonio lo atormentó en una manera aun mas horrible que antes. No nos admiremos si en nosotros sentimos repugnancias, cuando se trata de acercarnos á Jesucristo y á sus ministros, para declararles la larga duracion de nuestro mal. Estas repugnancias son el último esfuerzo del demonio: ¡ah! no queramos dárnosle por vencidos, cuéstenos lo que nos costase. Jesús mandó, y el demonio se vió obligado á salir... ¡Oh cuánto debe animar nuestra confianza este milagro! ¿Qué tememos nosotros, pues, teniendo un Salvador tan misericordioso y tan poderoso?... El demonio hizo un nuevo esfuerzo, y no fue sin un golpe finísimo de malicia: echó fuera un grito terrible, conmovió y consternó al jóven con tanta violencia, que cayó como muerto, de suerte que muchos decian: *ha muerto...* Tales son aún ahora los discursos de los mundanos, cuando alguno se convierte á Dios ó se consagra á él. Pero Jesús tomándolo por la mano, lo levantó de la tierra y lo restituyó sano á su padre. Este jóven mirado por el mundo como muerto, como muerto llorado de su padre y de su madre, viene despues á ser la consolacion de sus padres, y las delicias y la gloria de su casa... Finalmente este jóven fue librado para siempre; tal fue la orden que Jesucristo dió al demonio: «Espíritu sordo y mudo, yo te mando, sal de él, y no en-
«tres ya mas en él...» Hablad así, ó Dios mio, á aquel que me posee, y hacedme la gracia de que yo mismo jamás lo vuelva á llamar, ni jamás le vuelva á abrir la puerta de mi corazon.

PUNTO III.

De la oracion.

Nosotros encontramos aquí un modelo de oracion que debemos imitar. Observemos en este padre afligido y suplicante:

1.º *Su ardor y su humildad...* Sale de la multitud, se acerca á Jesús, se postra á sus piés, alza la voz, grita: «Señor, ten piedad de «mi hijo... Maestro, te ruego que vuelvas la vista á mi hijo... Socórrenos apiadado de nosotros...» ¿Es esta la manera con que oramos, ó por los otros, ó por la salvacion de nuestra alma?

2.º *Los motivos sobre que apoya su peticion...* De una parte la grandeza del mal; mal terrible, mal envejecido, mal incurable á todo otro que á Jesús; de otra parte se trata de un hijo único... ¿No tenemos por ventura nosotros los mismos motivos de pedir? Se trata del nuestro único, de nuestra alma, de nuestra salvacion, de nuestra eter-

nidad. Ahora, pues, ¿en qué estado se halla nuestra alma, la cual es única y nos debe ser tan amada? ¿En qué estado se halla el negocio de nuestra salud y de nuestra eternidad, negocio único y que solo pueda y deba importarnos? ¡Ay de mí, veo en mí todas las cosas en desórden, en presa, y á discrecion del enemigo!

3.º *Su fe...* Ella era débil; y con todo eso Jesucristo no lo desechó, antes lo animó, lo esforzó; y fue para este padre un nuevo motivo de suplicar, motivo que igualmente es para nosotros... Reconozcamos en este afligido padre, que por nuestra desgracia tenemos poquísima fe; movido él del aviso que le dió Jesús, «exclamó y dijo «llorando: Creo; Señor, ayuda mi incredulidad...» Confundámonos á su ejemplo; gritemos, suspiremos, y lloremos sobre nuestra incredulidad, y pidamos al Señor que ayude nuestra debilidad y que aumente nuestra fe.

Peticion y coloquio.

¡Ah! Señor, creo que Vos podeis sanarme; pero *ayudad mi incredulidad*: hacedme creer y orar en una manera mas viva y mas ardientē; alzadme del abatimiento y de la pusilanimidad en que el espíritu de malicia me arroja: echadlo de mi corazon. Tened piedad de mí, socorredme, abrid mis orejas, desatad el nudo de mi lengua, cogedme por la mano, establecedme siempre mas en la práctica de vuestros mandamientos. Desde este momento yo os encomiendo mi espíritu, y lo pongo en vuestras manos; sanadlo, purificadlo, santificadlo, para que yo pueda serviros fielmente en el tiempo y bendeciros en la eternidad... Amen.

MEDITACION CXLII.

JESÚS PREDICE LA SEGUNDA VEZ SU PASION Á SUS APÓSTOLES.

(Marc. ix, 29-31; Matth. xvii, 21, 22; Luc. ix, 44, 45).

Consideremos aquí: 1.º las circunstancias; 2.º los términos de esta prediccion; 3.º la impresion que ella hace sobre los Apóstoles.

PUNTO I.

De las circunstancias de esta prediccion.

«Y partidos de aquel lugar atravesaron la Galilea, y no queria «que ninguno lo supiese... Y mientras se detenian en la Galilea... «mientras todos admiraban todas las cosas que él hacia, dijo á sus «discípulos: Poned en vuestro corazon estas palabras: El Hijo del

«hombre está para ser entregado en las manos de los hombres... y «le quitarán la vida, y resucitará al tercero día...»

1.º *Humildad de Jesucristo...* Mientras que los hombres admiran y alaban á Dios por las grandes maravillas que le ven obrar, este divino Salvador desvia de estos aplausos el espíritu de sus discípulos, para ocuparlos todos enteramente en el pensamiento de sus humillaciones... de hecho. ¡Oh cuán vanos son en sí mismos los aplausos de los hombres, y cuán dañosos al que se alimenta de ellos! ¡Cuán inconstantes son! Los que hoy nos alaban, están prontos y dispuestos para condenarnos mañana.

2.º *Instruccion de Jesucristo...* Este Dios salvador partió del lugar donde se habia transfigurado y librado un endemoniado. Atravesó una parte de la Galilea para ir á Cafarnaum; pero sin pararse en algun lugar, no queriendo que se supiese su viaje. Con todo eso su celo no estuvo ocioso, sino que lo ejerció con los pueblos, y en favor de sus discípulos. Los instruyó sobre el grande misterio que habia venido á cumplir sobre la tierra... No eran aun capaces ni de comprenderlo ni de aprovecharse de él; pero debian serlo un día... Así tambien cada uno en su propio estado debe á ejemplo suyo instruir los pecadores, los espíritus groseros, los niños: lo que decimos en un tiempo le aprovechará en otro... Jesucristo instruía á sus Apóstoles del misterio de su muerte y de su resurreccion, dos acontecimientos bien diferentes, pero esencialmente unidos entre sí... Tal es el plan de la religion cristiana. Ella presenta las verdades mas desagradables, pero al mismo tiempo las mas atractivas: sufrir, morir al mundo, morir á nosotros mismos: es necesario morir en los suplicios y en el oprobio; pero para resucitar, para vivir y para reinar eternamente.

3.º *Recomendacion de Jesucristo...* El Salvador no se contentó con instruir á sus discípulos; les encomendó primero que considerasen bien su instruccion, y que la imprimiesen profundamente en sus corazon. De hecho la prediccion precisa y expresa hecha aquí por Jesucristo de su muerte y de su resurreccion era para ellos, y es aun para nosotros, una cosa bien notable. La hace cuando ni hay apariencia de disposicion para esto, la hace en medio de los prodigios que va obrando, y de los aplausos que le dan... ¿Cómo, pues, podrá aun ahora esta muerte ser un motivo de escándalo? ¿Ha podido ella, por ventura, ser efecto de debilidad en aquel á quien toda la naturaleza y los demonios mismos obedecen; en aquel que la ha predicho y anunciado; en aquel que anunciándola ha anuncia-

do al mismo tiempo su resurreccion, y ha dado solo tres dias de término á la ejecucion de su palabra; esto es, tanto tiempo quanto era necesario para probar su muerte?... ¡Oh santa Religion! ¡Oh Salvador siempre adorable aun entre los oprobios y tormentos! Vuestra muerte puede ser solo obra de vuestra potencia divina, y obra principalísima de vuestra sabiduría.

PUNTO II.

De los términos de la prediccion.

Jesús predice tres cosas.

1.º *Predice que será entregado en las manos de los hombres...* ¡Ah! ¿quién te entregará, ó Jesús? ¡Ay de mí! Un apóstol: uno de aquellos que oyen este discurso, y que hasta ahora han sido testigos de la extension de vuestro poder. ¿Quién os entregará? Vos mismo, vuestra obediencia á las órdenes de vuestro Padre, y vuestro amor para con nosotros. ¿Quién os entregará? Mis pecados; yo mismo y el amor que me teneis... ¡Cómo, el Hijo del hombre, el Maestro, la Cabeza de los hombres entregado á sus manos; el Hijo de Dios entre las manos de los hombres, abandonado á su discrecion, á su odio, á su furor! ¡Qué profundidad! ¡qué abismo de sabiduría y de amor!

2.º *Jesús predice que le quitarán la vida...* He aquí, pues, el uso que harán los hombres del poder que se les dará sobre Vos, ó Salvador mio. Os tendrán en sus manos, no para reconoceros, no para ofreceros sus votos y tributaros el homenaje debido, sino para ultrajaros y atormentaros: su furor no se saciará sino con vuestra muerte: nuestra salvacion no será consumada sino con vuestra muerte: vuestra gloria no será perfecta, vuestro amor no estará contento sino con vuestra muerte... ¡Ah! ¿quién, pues, me concederá que yo muera con Vos para satisfacer á la justicia de vuestro Padre irritado contra mí, para cumplir mi salvacion, para procurar vuestra gloria, para daros pruebas de mi amor? Ó muerte de mi Salvador, tú eres mi vida, mi fortaleza, mi consuelo, el fundamento de mi esperanza, y serás el modelo de aquella muerte espiritual á que en este momento y por toda la vida me consagro.

3.º *Jesús predice que resucitará al tercero dia...* La prueba no es equívoca, y el término no es largo. Si parecia que la muerte de Jesucristo pudiese oscurecer su gloria, hacer sospechosos sus milagros, dudosa su doctrina, é inciertas sus promesas; el prodigio de su resurreccion lo restablece y lo consolida todo... ¡Oh misterio lleno de amor y de esperanza, de dulzura y de alicientes! Ánimo, alma mia,

padezcamos, suframos, muramos con nuestro Salvador; en tres dias resucitarémos con él. Alégrate, mundo, triunfa, contenta tus sentidos y tus pasiones; abusa de tu poder y de los bienes que Dios derrama sobre tí; y en tres dias, dentro de poco tiempo, tú ya no serás mas: pasarás de una muerte temporal á una muerte eterna, en que uno de tus mayores tormentos será el saber que aquel Jesucristo que no has querido conocer é imitar, que aquellos fieles discípulos de Jesucristo que tú has despreciado y perseguido gozan presentemente de una resurreccion gloriosa y de una vida que no tendrá fin jamás.

PUNTO III.

De la impresion que hace esta prediccion sobre los Apóstoles.

1.º *Nada comprendieron...* «Mas ellos no entendian esta palabra, «y les era tan oscura, que no la comprendian...»

Su ignorancia era excusable, y Jesucristo no se la imputaba á pecado; en ella permanecieron aun largo tiempo, y hasta el entero cumplimiento de la prediccion; hasta que el fuego del Espíritu Santo hubo consumido el velo que tenían sobre el corazon. Reconocian ellos á Jesucristo por hijo de Dios, por su rey, por el que debia restablecer el reino de Israel; pero ignoraban la naturaleza de este reino, y la manera con que seria restablecido. No hacian reflexion que el Rey de Israel debia conquistar su reino con su muerte, y por ella entrar en su gloria, librar su pueblo, santificarlo, y hacerlo participante de su celestial herencia... Pero nosotros, instruidos de estas verdades, ¿no tenemos, por ventura, aun un velo sobre el corazon que nos las esconde y nos impide pensar en ellas, penetrarlas, y ser sensibles á ellas? Cada dia asistimos á la representacion de esta muerte, y nada ve en ella nuestra fe lánguida; nada acaso comprende, mientras las almas recogidas, animadas de una viva fe, encuentran en ella tesoros de gracias, de luces, de consolaciones, de fuerza y de amor.

2.º *Quedaron vivamente afligidos...* «Y ellos se contristaron sumamente...»

Por mas que no comprendiesen lo que Jesucristo les decia, y se esforzasen á tomar en otro sentido lo que la profecía tenia de lúgubre, era cierto que se trataba de ultrajes, de suplicios, de muerte. Veian bien que les hablaba como de un acontecimiento próximo, y esta vista los penetraba de dolor; dolor que procedia de su amor: por otra parte, lo que el Salvador añadía de su resurreccion, no los

iluminaba, y poco los consolaba... ¿Podemos nosotros amar á Jesucristo, y no enternecernos con la memoria de cuanto ha padecido por nuestra salud? El amor ¿no debería hacernos siempre presente esta memoria? Feliz tristeza, cuya amargura purifica el corazón y lo inflama de un amor santo. ¿Tendré yo corazón para darme en presa á la disolución, al placer, á la vanidad, á las delicias, á la cólera y á la impaciencia, cuando considero á mi Salvador en el oprobio, en los tormentos, y espirando en una cruz?

3.º *No se atrevieron á preguntarle...* «Y no tenían atrevimiento «de preguntarle sobre estas palabras...»

Habrían bien querido saber si estas palabras se debían entender literalmente, y si se trataba de una muerte verdadera y real. Habrían también querido saber cómo se debían cumplir las promesas del restablecimiento del reino de Israel; pero no se atrevieron á hacer estas preguntas, ó sea por temor de comparecer faltos de fe ó de entendimiento, ó sea por temor de aprender verdades aun más dolorosas de las que presentían... Estas mismas razones ¿no nos impiden acaso algunas veces el preguntar á aquellos cuyas luces nos serían necesarias? La última, en particular, ¿no nos impide preguntar á nuestra conciencia, preguntar á nuestro Crucifijo? ¡Y cuántas veces no tenemos valor ni aun para contemplarlo, porque condenaría nuestro lujo, nuestra vanidad, nuestra sensualidad, nuestra inmortalización! Pero este Dios crucificado por nosotros, si ahora tememos preguntarle, nos preguntará algún día, y después de habernos mostrado el camino de la salud con su ejemplo, nos pedirá cuenta de cómo lo habremos seguido. Preguntemos, pues, á este divino Salvador, y si nos enseña verdades duras á la naturaleza, no nos aflijamos, pensemos en la gloria de la resurrección y en la felicidad de una vida eterna, que será la recompensa de nuestra fidelidad en seguirlo, y de la conformidad que habremos tenido con él.

Petición y coloquio.

Ó Jesús muerto y resucitado para ser Señor de vivos y de ¹ muertos; hacedme conocer cuán deudor os soy por haber obrado mi salvación con vuestra muerte, cuánto debo yo acariciar los sufrimientos para hacerme digno de participar de la dicha de vuestra vida gloriosa, y cuánto finalmente estoy obligado á imitaros, mediante una práctica exacta, continua y perseverante de la mortificación cristiana. Amen.

¹ Rom. iv, 25.

MEDITACION CXLIII.

PRETENDEN QUE JESÚS PAGUE EL TRIBUTO.

(Matth. xvii, 23-26).

1.º Jesús estaba exento de pagar el tributo; 2.º Jesús paga el tributo; 3.º Jesús lo paga por san Pedro.

PUNTO I.

Jesús exento de pagar el tributo.

1.º *Exención real y bien fundada...* Para entender todo el hecho siguiente, conviene suponer aquí que Jesucristo después de haber predicho su muerte á sus Apóstoles, viéndolos estos absorto en una profunda meditación sobre los designios de su Padre, lo dejaron caminar solo, mientras ellos lo seguían á lo lejos, y continuaban á entretenerse todos juntos sobre lo que les había dicho: que este divino Salvador les precedió en la casa de Pedro, donde solía alojarse, y que este fue el momento «en que se acercaron á Pedro los que «cobraban los didracmas ¹, y le dijeron: ¿Vuestro Maestro no paga los didracmas? Dijo: sí. Y habiendo entrado en casa, Jesús le «previno, diciendo: ¿Qué te parece, Simón? ¿De quién reciben el «tributo ó el censo los reyes de la tierra? ¿De sus hijos, ó de los extraños? De los extraños, respondió Pedro; y Jesús le dijo: Luego «están exentos los hijos...»

Este tributo estaba impuesto á todas las familias, y les pareció á los que lo cobraban que Jesús, siendo la cabeza de los Apóstoles, que representaban una familia numerosa, debería pagarlo. Con todo, no se atrevieron á pedirselo al mismo Jesús, y se enderezaron á Pedro, que ellos miraban, y de hecho lo era, después de Jesús la cabeza de la sociedad... Jesús era verdaderamente exento. Si este tributo se cobraba en nombre de Herodes ó de los romanos, Jesús era Hijo de David, y heredero de su trono. Si se cobraba, como se cree más probable, en nombre de Dios, y para las necesidades del templo, Jesús era Hijo de Dios, el Señor del templo, y el templo verdadero. Estaba, pues, exento del tributo: su exención era real y bien fundada... Pero nosotros, ¿con qué título nos eximimos frecuentemente de las obligaciones de la ley común, de los ejercicios de la regular observancia, de los trabajos á que los demás están sujetos?

¹ Moneda que valía dos dracmas, y equivalía á cuatro reales de vellón nuestros.